

En memoria de Sergio Fernández Moreno

LUIS FUENTE PÉREZ

Querido Sergio:

Te escribo esta carta porque todavía soy incapaz de lidiar con las implicaciones de redactar este texto de otra manera. Hablar de ti en tercera persona funda una realidad demasiado extraña. Una realidad incompleta. Una realidad definitivamente peor. Sergio, estas líneas no están escritas con tinta, sino con incredulidad y dolor.

Lo cierto es que ni siquiera sé por dónde empezar. Pienso estos días, por ejemplo, en una imagen de mi adolescencia. Cerca de la casa de mis padres, aferrado a una valla contigua a la carretera, se alzaba un modesto y solitario ramo de flores blancas que se iba renovando periódicamente. En la infinidad de veces que lo vi al pasar –algunas prestando atención detallada, otras de refilón, otras sin reparar en él pero tocado por la extraña sensación de su presencia– terminé percibiendo la gravedad de un desconsuelo que curvaba la indiferencia de la calle. Una tragedia íntima en un lugar público y gris. Nunca supe por quién lloraba quien se obstinaba en cambiar las flores de ese rincón anodino, pero esa fidelidad a una esquina nunca dejó de conmoverme. Ahora no puedo evitar ver tu cara entre las flores. Ahora no puedo evitar ir a postrarme ante ese ramo. Porque no quiero el consuelo sino la rabia. No quiero la verdad sino tu risa. No quiero nada que no seas tú y aquí me hallo sin nada en las manos.

Anoche cedí a la tentación de releer «Delia Elena San Marco». Es probable que te hubieras burlado cariñosamente de mí, que te hubieras reído del gesto teatral que supone buscar alivio en la imitación de la literatura; pero creo que también, además con Borges de por medio, me habrías entendido. Necesitaba confirmar que aquella calle de La Latina donde nos despedimos hace apenas un par de semanas también había sido el triste Aqueronte, el insuperable. Cómo saberlo, cómo asumir que aquella foto con Teo iba a ser la última. No me hago a la idea. Tampoco facilita la tarea el que tuvieras un cierto espíritu errante, un hábito revoloteador que volvía imprevisible saber



cuándo iba a producirse el siguiente encuentro. Aparecías y desaparecías sin mucho orden ni concierto, con un ademán de disculpa juguetona que obligaba a quienes te perseguíamos a perdonarte gustosamente. No importaba la espera porque la recompensa de tu compañía terminaba resarciéndola con creces. Te confieso que todavía (y no tengo claro hasta cuándo durará el embeleco) aguardo a que cualquier día de estos me escribas algún mensaje escueto para quedar de improviso.

Sergio, ya he balbuceado un buen rato y sigo sin saber qué decirte. Supongo que más allá del shock se filtra el sabor amargo de la injusticia. Y, sí, cierto que el mundo está lleno de injusticias dramáticas y cotidianas, de hechos terribles y, desde este lado del planeta, muchas veces abstractos. Sin duda el escándalo ontológico es diario. Pero hete aquí que tú eres una injusticia concreta. Una injusticia concreta y amada. Más concreta aún por tu juventud y por lo absurdo del caso. El techo de la ballena... quién lo habría imaginado. Supongo que lo que intento transmitirte es que por aquí todos estamos profundamente dolidos. Dolidos, perplejos y enfadados. Porque si algo creíamos tener claro era tu indestructibilidad de vikingo adoptivo.

Sigo sin saber muy bien qué decir, Sergio, pero te diré que los que nos hemos juntado en tu memoria ya te añoramos como si hubieran pasado años de tu muerte. Desgranamos anécdotas inútiles, miramos vídeos y fotografías con el corazón en un puño, chapoteamos en la nostalgia, verificamos entre sonrisas cómplices algunos de tus dones. Añoramos, por ejemplo, tu desparpajo para moverte por cualquier ambiente y hacernos sentir cómodos en él. Añoramos el don de tu sinceridad, capaz de ver a través de la mayor parte de la gente como si de cristal estuviésemos hechos; capaz de expresar lo encontrado en el momento justo, aunque a veces fuera brutal y a quemarropa. Añoramos el don de la ebriedad compartida, que ahora nos hace (y ya para siempre) brindar ininterrumpidamente a tu recuerdo y derramar la parte de los caídos. Añoramos tu brillantez, porque, sí, eras un tipo brillante –¿a quién en su sano juicio se le ocurre ponerse a estudiar finés sin la más estricta de las obligaciones pendiendo sobre su cabeza?– y a la vez, como las personas de veras brillantes, en el fondo inseguro de tus propias facultades. A cambio, nunca escatimaste el don de tu benevolencia: siempre en exceso generoso para reconocer a la menor oportunidad la supuesta brillantez ajena, siempre al quite para infundir ánimos y coraje cuando intuías (y normalmente con



acierto) que los necesitábamos, siempre atento para poner en perspectiva y quitar hierro al asunto que fuera con maña y con gracia. Añoramos que difundas alegría y compañerismo –o también trabajo y método cuando eran necesarios: no olvidamos que dirigiste con todo tu entusiasmo la asociación que da nombre a esta revista– por los pasillos, las aulas y la cafetería de esa universidad que sin empacho reconocías amar y en la que tantas y tantas horas deshojamos a lo largo y ancho de los últimos diez años. Añoramos desconsolados, en definitiva, que, a pesar de tus vaivenes, poseías el infrecuente don del buen humor. Un buen humor casi perenne, muchas veces sin importar cómo te sintieras tú en ese momento. Un buen humor tan subyugante y que irradiaba con tal fuerza que habías logrado, sin proponértelo, la quimera de infiltrar en los círculos más variados ese tonillo perverso que usabas tan a menudo y que nos hacía troncharnos de risa y entregarnos a él festivamente. Da igual el estado anímico del que viniéramos, encontrarte era asegurarnos de que la realidad tendría un rostro más amable al separarnos.

Ya acabo. Acabo y todavía sigo sin saber qué decirte, Sergio, pero sí puedo jurarte que te hemos querido. Que te hemos querido porque siempre tenías una mano tendida. Que te hemos querido porque siempre tenías una palabra de aliento. Que te hemos querido porque en cada encuentro lograbas hacernos sentir amados y valiosos. El don de la ternura era el mayor de tus regalos. Qué responderte a todo eso salvo «gracias».

Nos vemos en el Valhalla, querido amigo. Me consuela pensar que hiciste honor a la cita con la que encabezaste tu tesis.

L.F.P.

PD: Te dejo al pie de esta carta algo en lo que acabo de reparar. Es una traducción del «Funeral Blues» de W.H. Auden en la que me afané hace algunas semanas. Probablemente no te acuerdes, pero al terminarla, te la envié para recabar tu opinión. Como era habitual, el envío de momento había quedado sin respuesta, aunque yo supiera que antes o después sacarías el tema y charlaríamos al respecto. No sé por qué quise traducir este poema, pero parece ser que lo estaba haciendo para ti. Tal vez esto sea lo único que de verdad tengo para decirte.



Funeral Blues

(de *Dos canciones para Hedli Anderson*)

Paren todos los relojes, corten el teléfono,
contengan al perro con un hueso jugoso,
silencien los pianos y con ahogado redoble
saquen el ataúd, dejen paso al cortejo.

Que los aviones vuelen en giros quejosos
garabateando en el cielo el mensaje Él ha muerto,
pongan crespones al blanco cuello de las palomas públicas,
que los agentes de tráfico vistan suaves guantes negros.

Él era mi Norte, mi Sur, mi Este y Oeste,
mi semana laborable y mi domingo de descanso,
mi mediodía, mi medianoche, mi discurso, mi canción;
yo creí que el amor duraba eternamente; me equivoqué.

Las estrellas son ahora superfluas; apáguelas todas,
embalen la luna y desmantelen el sol;
vacíen el mar y devasten los bosques
porque ya nada tendrá nunca sentido.

(1938)

